

No me vendéis los ojos ante tanto infortunio,
amo ver la tormenta en el filo de un beso.

El extraordinario empleo del endecasílabo que caracteriza la técnica literaria de este poeta leonés se afirma y se consolida en *Recurso a la memoria*, obra que se abre con un extenso poema endecasilábico y arromanzado. El verso de once va a seguir constituyendo el eje rítmico del libro, en el que se utilizan otras fórmulas métricas, así el heptasílabo y el alejandrino. Líneas de siete y de once se conjugan en el texto estrófico "Madrigal en la Alhambra", que progresa a base de pareados, y asimismo en el texto "úngeme de tus rosas el estío", una composición que combina tres procedimientos organizativos distintos: un primer bloque que se desarrolla en pareados, y que se engarza con un segundo tramo estructurado en torno a un trístico monorrímo. Un serventesio cierra luego este texto de métrica tan híbrida, y que es revelador de la vertiente lúdica del poeta de Corullón, a la par que de su pericia formal, de su ya acrisolada maestría poética.

José María Balcells

GUERRA GARRIDO, Raúl. *El otoño siempre hiere*. Barcelona: Muchnik Editores, 2000, 257 pp.

Raúl Guerra Garrido nació en Madrid en 1935, y vivió su infancia en El Bierzo, concretamente en Cacabelos, lugar de nacimiento de sus padres. Después de haber viajado por numerosos países, continuando así la vocación viajera que heredó de su progenitor, puso casa en San Sebastián.

Como escritor, su dedicación casi exclusiva ha sido la narrativa, publicando cuentos, así los reunidos en un libro como *Micrófono oculto* (1981), y sobre todo una quincena de novelas, desde la que en 1974 iniciaba su trayectoria literaria con el título de *Cacereño*, una obra pretextada por la inmigración recibida en el País Vasco. Desde entonces, Guerra Garrido ha logrado diversos premios, y algunas de sus obras han sido adaptadas al cine y a la televisión. Con todo, siempre figurará como uno de los hitos de su carrera literaria la obtención, en 1976, del Nadal por su novela *Lectura insólita de 'El Capital'*.

En la bibliografía de Guerra Garrido hay dos obras muy relacionadas con las tierras leonesas, específicamente con El Bierzo. Hacemos referencia a *Viaje a una provincia del Interior* y a la novela *El año del Wolfrán*, publicada en 1985. A éstas se añade una tercera, *El otoño siempre hiere*.

Puede relacionarse *El otoño siempre hiere* con una línea novelística bastante cultivada en los últimos años por narradores castellanos y leoneses, la referida a la ficcionalización de la infancia del escritor, el cual la recrea, reinventándola, a través de quien narra el relato. Y así ocurre en la novela que nos ocupa, cuya voz narrativa se ha concedido a un novelista que, tras recibir una llamada telefónica desde El Bierzo comunicándole que su tío Demetrio está a punto de fallecer, se pone en marcha en automóvil hacia Cacabelos, se hospeda en el Parador de Villafranca, y se reencuentra con familiares cercanos y con sus recuerdos de infancia en aquella localidad, en aquella

geografía, y en aquella Casa Larga cuyo centro era el abuelo, hombre de gran reciedumbre y de acusadísima personalidad, y que, por eso mismo, dejó huella indeleble en el nieto que se había hecho novelista.

El nuevo contacto del narrador con los aires de sus ancestros y de su niñez podía haber sido campo propicio para que la escritura se viera afectada por el sentimentalismo, pero no es así, porque es un sentir hondo, un sentimiento tan profundo como interiorizado y contenido el que siente quien cuenta un relato en el que se nos descubre como privilegiado conocedor de la realidad cultural berciana, y cuando decimos cultural estamos diciendo histórica, gastronómica, vinícola, así como de la realidad geográfica y paisajística, e igualmente de la realidad caracteriológica, de la idiosincrasia de El Bierzo y de los bercianos.

Entre los rasgos que singularizan a esa zona leonesa, el narrador destaca la faceta lúdica, y la tendente a librarse a la fantasía. Unas citas valdrán como muestra de ese parecer. Respecto al ludismo, comenta el hablante en la secuencia "Trece" que "Los hábitos consuetudinarios del Bierzo son fuente inagotable de sorpresas, casi siempre divertidas si no te afectan". Y con relación al talante fantasioso, que es en el que más se insiste en la novela, se lee en la secuencia "Catorce": "...la fantasía es la piedra angular del Bierzo; sin ella se hubiera diluido en páramo nada más iniciarse la reconquista".. Y ahora otros dos ejemplos, espigados respectivamente en las secuencias "Ocho" y en la "Trece" de nuevo. Dicen como sigue: "...en este valle toda irrealidad tiene su asiento"; "Éste es mi Bierzo, el lugar donde la fantasía se cotiza en bolsa y la realidad carece de valor".

Deben ser veraces sus afirmaciones, porque pueden avalarse por distintas vías, una de ellas la de los creadores que constantemente surgen en ese ámbito, entre los cuales hay que incluir, naturalmente, a Guerra Garrido, pese a su nacimiento en Madrid. En efecto: se ha dicho a menudo, y con bien fundada razón, que la patria de un escritor es su infancia. Siendo así, como de veras es, la patria de Guerra Garrido como novelista es El Bierzo, es decir que El Bierzo está en la génesis de su literatura, y parece digno de autor bien nacido como autor ese retorno a las fuentes de su escritura que supone *El otoño siempre hiere*. Una escritura, la de esta obra, en la que el novelista se nos ofrece en la plenitud de un arte narrativo que ha ido cuajando más y más de novela en novela, y que en ésta ha alcanzado un punto de sazón literaria verdaderamente descollante. Obra de impecable factura lingüística, en ella se acredita su autor como consumado perito en múltiples estrategias técnicas que ponen de relieve su magisterio en el género, y captan a los lectores desde el comienzo, manteniendo su interés hasta el punto final del relato.

El inveterado recurso del viaje, en este caso el viaje desde el País Vasco hasta El Bierzo, desencadena la trama, una trama que avanza merced a diversos contrastes y alternancias. Contrastan secuencias narrativas breves, y aun brevísimas, con otras más dilatadas; se contraponen el presente del viajero y su pasado en El Bierzo, y en otras latitudes, contraposición que da pie a la que estimamos más sustancial del libro, y a la que volveremos a referirnos, la de la infancia y la vejez. A este contrapunto entre un hoy en progresiva decrepitud y un ayer pletórico de vida se suman otras antítesis, así las que se producen entre la experiencia del campo, y la urbana, entre los perímetros terruñeros y domésticos y las rutas foráneas internacionales. Y podríamos ir desgranando todavía más elementos enfrentados, pero sólo vamos a alargar esta rela-

ción mencionando un contraste que las articula a todas, el del continuado entrecruzamiento entre ficción propiamente dicha y ficción presentada con visos de realidad.

El novelista y el narrador del relato se encargan de establecer este vaivén entre lo fictivo y lo real, convirtiendo en ficción lo autobiográfico, y en autobiográfico lo ficcional. No hay, por tanto, páginas autobiográficas estrictas en *El otoño siempre hiere*, aun cuando pueda parecerlo, sino que Guerra Garrido se vale en esta obra de la autobiografía aparente como recurso, como el principal de los recursos narratológicos del texto. Y es que acudir a la autobiografía pura y dura para apoyarse en ella sin reinventarla no sería sino, como proclama el protagonista de la novela, un síntoma de impotencia novelística, y aquí estamos justamente ante todo lo contrario, ante una novela de acrisolada técnica, e incluso de densa hondura filosófica.

He dicho filosófica, pero sería más preciso si dijera metafísica, a tenor de la decisiva importancia que reviste el discurrir temporal en la conciencia del protagonista, quien nos participa con reiteración sus pensamientos respecto al paso del tiempo, la vejez y la muerte. Si juntásemos los pasajes sobre esta temática, podríamos confeccionar un breve ensayo de gran enjundia sobre materia tan sustantiva, y enfocada desde un originalísimo punto de vista existencial. Atento al discurrir del tiempo, el narrador percibe ese transcurso en cualquier pequeño evento de la vida, y al respecto señala casi al término de la secuencia número "Ocho": "Entre plantear un concepto y desarrollarlo, entre la pregunta y la respuesta, entre dos palabras consecutivas, por simultáneas que parezcan, siempre se desliza un tiempo irreversible, irrecuperable sean cuales sean las raíces de las que proceda. Susurros de una pasión inútil, ninguna verdad ha conseguido ni conseguirá detener el tiempo".

Reflexiones como ésta, y otras varias que se pueden leer a lo largo de la obra, autorizan a subrayar la dimensión metafísica de una novela en cuyo título ya se preanuncia la dinámica inexorable del irreversible paso de los días. La utilización de los ciclos climáticos como símbolo de períodos de la vida humana trae a la memoria al Baltasar Gracián de *El Criticón*, y por consiguiente el vocablo "otoño" hay que entenderlo como alusión a aquella fase de la existencia caracterizada por la caída de las hojas y el declinar irreparable. Un declinar que nos deja heridos y maduros para la muerte.

Entre los distintos asedios a la vivencia del tiempo que nos asaltan en la novela, uno resulta particularmente conseguido. Nos referimos al pretexto de los espejos en los que no nos reconocemos ya porque nuestro aspecto físico cambia de un tiempo a otro tiempo. Guerra Garrido apela a este subtema especular en más de una ocasión. En la secuencia que hace ocho, por ejemplo, el narrador se mira en el espejo, y va descubriendo cómo, debajo de su rostro, emerge el rostro de su padre, de modo que en su propio deterioro se le revela de raíz su identidad. Y aquí cabría acordarse de Quevedo y de uno de sus tópicos predilectos, el de las muertes sucesivas que lleva sobre sí cada individuo, en cada una de sus edades.

Novela de viaje, novela de la infancia, novela metafísica, pero igualmente novela cinematográfica, porque éste es el referente estructural que tiene más peso específico en la narración.

Trazar las diferentes relaciones de *El otoño siempre hiere* con el cine requeriría demorarnos tal vez demasiado en esta primera nota de lectura, porque el cine está gravitando sobre y en la novela de manera como pocas veces hemos comprobado en la narrativa española contemporánea. El hablante del relato refiere títulos, personajes y

escenas fílmicas por doquier, y alude a técnicas cinematográficas específicas, amén de valerse de ellas. Y en tanto que voz del discurso confiesa, en una confesión que debe desviarse hacia el propio Guerra Garrido, que el cine es el lenguaje narrativo en que me hubiera gustado contar mis historias”.

José María Balcells

MARCOS CASQUERO, Manuel-Antonio (coordinador), *Creencias y supersticiones en el mundo clásico y medieval. XIV Jornadas de Estudios Clásicos de Castilla y León, León 2000, Secretariado de Publicaciones de la Universidad. 285 págs.*

Desde el curso 1984-1985 las distintas áreas de estudios clásicos de la Universidad de León vienen dándose cita —con una periodicidad prácticamente anual— en una Jornadas de Estudios cuyos frutos se recogen, por fortuna, en libros de Actas que, en corto plazo de tiempo desde la celebración, se ponen a disposición del lector. El libro que comento ahora es, pues, el resultado de las XIV Jornadas de Estudios de Castilla y León, teniendo como lema principal, tal como se indica en el título, el estudio científico de las Creencias y Supersticiones en el mundo clásico y medieval. Las características de la obra dificulta, *a fortiori*, una valoración general sobre los contenidos, aunque sí es posible recalcar el alto nivel de los trabajos aquí publicados, fruto de la investigación de los profesores de las facultades de filología de distintas ciudades castellanas.

El libro presenta sus trabajos por un aséptico orden alfabético de autores que yo voy a cambiar en mi comentario de cada uno de ellos, con el fin de presentar al lector unos rasgos generales de contenido e invitarle a su lectura detenida. También me atrevo a exponer algunas ideas personales sugeridas tras su lectura, siendo pues yo mismo un beneficiado por este interesante racimo de trabajos.

* Nicolás Castrillo Benito, “Racionalismo filosófico de Cicerón frente a la superstición romana” (pp.43-53). La magna obra que la Antigüedad nos ha legado de Cicerón enriquece, sin duda, nuestro conocimiento de muchos aspectos del último siglo de la República romana. Su labor ilumina, por supuesto, la religión, aunque el discurso religioso ciceroniano sea, como todos los suyos, interesados, nada gratuitos. Como apunta certeramente el autor de este estudio, Cicerón se vale de la filosofía como *alter ego* o método para expresar su punto de vista sobre cuestiones religiosas en sus obras *De natura deorum* y *De divinatione*, dos obras de madurez. Yo diría que Cicerón, más que un filósofo, es un ilustrado que habla de filosofía o a lo sumo hace filosofía comparativa. Así se percibe también en sus diferentes interlocutores “filosóficos” a los que refuta sus desviaciones religiosas: el epicurefismo de Veleyo, el estoicismo de Balbo, el academicismo de Cotta y el peripatetismo de Pisón. Son los contrapuntos que el autor, poniéndolos primero en boca de Cicerón, desarrolla aquí para explicar el rechazo del de Arpino a cuanto de irracional tenía la religión romana de su tiempo, especialmente la adivinación, sus técnicas y quienes las practican. También interesa en este estudio el recuerdo de la separación ciceroniana de los conceptos *superstitio* y *religio*. Sobra en Cicerón una atención excesiva a la teoría filosófica